

una sumision que tenga punto de semejanza con la esclavitud.

»Has hecho excepcion en favor del Yemen, ¡oh Chosroes! Tu abuelo y tu padre supieron lo que vale un rey de Imiar, y el de Imiar sabe lo que valen los árabes del desierto. Cuando el rey de Imiar vencido por el etiope y expulsado de su reino llegó á pedir ayuda á tu abuelo, le pareció cosa tan miserable que el gran Nouchirvan no se dignó armarse en contra suya. Dirigióse, pues, á sus vecinos del desierto, que venturosamente correspondieron á sus esperanzas. Así, si no hubiera hallado entre ellos hombres que supieran blandir la lanza y acribillar de dardos á los *ahhrar* y estrechar de cerca á los *kuffar*, jamás hubiera vuelto á ver su país.»

Chosroes admiró la elocuencia de Nouman, y al despedirle le regaló un traje completo de su guardaropa.

No queremos dar á esta amplificacion más importancia que á aquellas con que los historiadores clásicos han engalanado sus narraciones; pero á semejanza de estas últimas nos revela las costumbres y las opiniones del tiempo: es de tanta más estimacion por cuanto tiene doce siglos de fecha y nos representa aún con verdad la sociedad moderna. Con efecto, los árabes se adhieren en extremo á sus usos, como todos los pueblos orientales, y continúan su antiguo género de vida (salvo el infanticidio) en las comarcas donde no han penetrado los turcos; especialmente los anazes del Norte de la península y los jefes, soberanos del Hadramaut, últimos representantes de la independencia ismaelita.

CAPITULO II

Mahoma.

Habia en la tribu de los koreischitas, descendiente de Ismael, hijo de Abraham, y una de las principales entre los árabes, como ya hemos dicho, porque estaba encargada de la custodia de la Kaaba, una familia ilustre, la de los Haschemitas, llamada así de Haschem, que durante una gran carestía habia empleado sus riquezas, ganadas en el comercio, en mantener á los habitantes de la Meca. Abdol-Motaleb, su hijo, defendió la ciudad en una ocasion en que fué invadida por los abisinios. Vió

vió ciento veinte años, y engendró seis hijas y doce hijos, entre los cuales era objeto de su predileccion Abdallah: éste debia ser inmolado á consecuencia de un imprudente voto hecho á los dioses de la patria; pero Abdol rescató su vida al precio de cien camellos. Este era el más gallardo entre los hijos de Ismael, y cuando se casó con Amina, flor de la ilustre familia de los Zaritas, se murieron de celos doscientas doncellas.

En la solemnidad con que se celebra la ceremonia de un hijo varon, quiso el abuelo que se diera al recién nacido, único fruto de este enlace, no un nombre usual en la familia, sino el de Mahoma, en la confianza de que Dios habia de glorificarle. A los dos meses perdió este niño á su padre, y á su madre á los seis años, y quedó sin más herencia que cinco camellos, una esclava negra y la proteccion de Abdol-Motaleb. Este se la recomendó al morir á Abou-Taleb, su hijo, que vino á ser jefe de los koreischitas y el primero de la Meca. Le dedicó al comercio, y á la edad de doce años le llevó consigo á Siria. Allí, en un monasterio de Bosra, un monje nestoriano llamado Bahira ó Sergio, asombrado de las respuestas sensatas, de las expresiones precisas y del despejo del jóven árabe, le predijo un porvenir glorioso, é invitó á su tío á que le preservara de las redes de los judíos.

Cuando llegó á la edad viril peleó contra los chenanitas y los avazanitas, que habian violado el sagrado territorio de la Meca, y dió pruebas de gran denuedo. Tambien acreditaba un talento juicioso en la conversacion de los principales ciudadanos que se reunian en casa de su tío. La ingenuidad característica de sus palabras y de sus obras, habia hecho que se le apellidara por ellos el Sincero (Al-amin). Habiendo incendiado una mujer la Kaaba al quemar perfumes, los koreischitas resolvieron reconstruirla sobre el mismo plano, aunque dándola más ensanche, á causa del número siempre en aumento de devotos. Cuando sus paredes fueron levantadas hasta la altura en que debia colocarse la piedra negra, se suscitó una disputa entre las tribus sobre á cual de ellas perteneceria la colocacion de aquel objeto venerando. Ya iban á pasar de las palabras á las vias de hecho, cuando propusieron los ancianos

que se atuvieran al primero que se presentara en el umbral de la Casa cuadrada. La casualidad ó la destreza condujo allí á Mahoma; su parecer fué poner la piedra sobre una alfombra y hacer que sostuviera sus orillas un miembro de cada tribu, sosteniéndola así hasta el lugar que le estaba destinado á la altura de un hombre. Fué seguido su consejo: entonces la cogió con la mano y la puso en su sitio.

Lo hábil de este expediente hizo subir de punto la consideracion que ya le habian valido su talento, la gallardía de su persona, su larga barba, sus vivos y penetrantes ojos, la expresion de su fisonomía, la influencia de su palabra. Dotado de una memoria tan feliz como segura, de una imaginacion lozana, de un juicio recto, hablaba el dialecto más puro, y habia aprendido en la primer familia de la nacion á discurrir con elegancia. De consiguiente, tenia á la vez modales cultos y graves, aunque no habia recibido educacion, y ni aun sabia leer ni escribir. No le faltaba más que ser rico; pero necesitando una viuda opulenta, llamada Kadija, de un hombre hábil y leal para dirigir sus negocios mercantiles, le tomó á su servicio; encantada despues de su fidelidad, no ménos que de su hermosura, le dió su mano, á pesar de que él no tenía más que veinticinco años y ella frisaba en los cuarenta. Abou-Taleb pagó el dote de 12 onzas de oro y de veinte camellos, y Mahoma se encontró al igual de los primeros moradores de la Meca.

Su génio tenia un objeto mucho más elevado. Orgulloso de descender del primer fundador de su nacion, se habia mostrado inclinado desde sus primeros años á las meditaciones religiosas y á las discusiones dogmáticas. Cada mes de Ramadan se retiraba al fondo de la caverna de Heres, para adquirir allí nueva lozanía con las poderosas lecciones de la soledad. Allí adquirió la conviccion de que la idolatría no habia sido el primitivo culto de la Arabia; pero tambien puede suceder que adquiriera ideas más sanas sobre la divinidad en sus pláticas con algunos extranjeros cristianos, judíos ó persas, en sus correrías comerciales á Bosra y á Damasco; y que, oyendo hablar de las diversas creencias rivales, se propusiera en su interior reducir las todas á una sola, que, sencillísima en sus dogmas, no excluyera ninguna. Hasta pudo saber

que era favorable á una gran innovacion el estado del mundo, puesto que los hebreos suspiraban por el libertador prometido, los persas languidecian agotados por disensiones civiles sin fin, la Arabia estaba dividida entre tribus rivales, y la Grecia entre herejías disertadoras.

Pasó madurando su proyecto los quince años durante los cuales nada dice la historia de su persona. Quizá la ardiente conviccion necesaria á todo el que se compromete en una vasta empresa, le hizo pensar que estaba destinado por el cielo á reformar el mundo; que era tambien un profeta enviado al pueblo negro y al pueblo rojo, para abolir, por medio de su religion, todas las religiones anteriores.

A la edad de cuarenta años, durante el retiro regular que guardaba con los de su casa, se hallaba en oracion durante la noche cuando se le apareció el ángel Gabriel, y le dijo: *Lee*, y al oír la respuesta de que no sabia leer, Gabriel repuso:

Lee en nombre de Dios criador: formó al hombre reuniendo los dos sexos.

Lee en nombre de Dios adorable; enseñó al hombre á servirse de la pluma; depositó en su alma un rayo de su sabiduría; ella es la verdad, y Él se revela contra su bienhechor.

Las riquezas fomentan su ingratitude; ciertamente volverá á Dios el género humano.

Mahoma contó su vision á Kadija, y le dijo como una voz le habia declarado apóstol del Señor. Alegre con verse mujer del profeta de Dios, refirió ella el suceso á Varca, su deudo, que, versado en la Santa Escritura, siendo cristiano y sacerdote, halló, segun otros ejemplos, probable el relato, y proclamó á Mahoma profeta de los árabes.

De vuelta á la Meca, Mahoma dió siete veces vuelta á la Kaaba, fingió estar en comunicacion con el cielo y adquirió prosélitos. El primero fué Ali, su primo, que apenas tenía doce años; luego Said, su esclavo, que mereció alcanzar de él su libertad; pero el más importante fué Abou-Bekr, uno de los diez magistrados de la Meca, que, gozando de mucho crédito en la ciudad, divulgó entre sus amigos la nueva creencia.

Mahoma la comunicó por espacio de tres años en secreto, hasta el momento en que de-

claró que Dios le había intimado que la proclamara ante el género humano. Encargó á Ali servir un cordero y un vaso de leche, convidando á toda la descendencia de Abdol-Motalleb. Acudieron en número de cuarenta; pero al fin de la comida se puso Mahoma á hablarles de su creencia, y Abou-Laheb, tomándolo á broma, le cortó la palabra. Afligido, sin caer en el desaliento, renueva el banquete el Profeta al día siguiente, y anuncia á los convidados el dón más precioso que jamas puede ofrecer un hombre, el contento en la tierra y la felicidad en el cielo, si abandonaban la idolatría para creer en un solo Dios, sin iguales. Añade: *¿Quién de vosotros quiere ser mi teniente? (visir)*. Emudecen todos poseidos de asombro. Ali rompe el silencio exclamando: *¡Yo! Y si se atreve alguno á alzarse en contra tuya, le romperé los dientes, le arrancaré los ojos, le quebraré las piernas y le abriré el vientre*. Abrazóle Mahoma y le presentó á los convidados, diciéndoles: *Hé aquí mi califa (vicario); respetadle, obedecedle*.

Toda la asamblea soltó la carcajada. *Bueno está eso*, decían volviéndose hácia Abou-Taleb; *desde ahora tendrás que obedecer á tu hijo*.

Trayendo su autoridad los koreischitas de la custodia de la Kaaba, minaba Mahoma su poder combatiendo la idolatría. De consiguiente, sus deudos, lejos de prestar oído á sus predicaciones, se declararon sus enemigos; sólo Abou-Taleb tomaba su defensa, aunque rehusara abrazar sus doctrinas. Pero no pudiendo oponerse á toda la parentela conjurada, exhortó á su sobrino á desistir de su empresa, si queria no exponerse á los mayores peligros. Mahoma le respondió: *Aunque pusieran el sol en mi mano derecha y la luna en mi izquierda no renunciaría á mi tarea*.

Se retiró á un lugar apartado; pero habiendo sido ultrajado allí por un árabe, Amza, hijo de Abdol-Mataleb, hirió con su arco de caza al temerario en plena asamblea; y viendo á los deudos de éste aprestándose á la venganza, se proclamó musulman en su presencia.

Irritados los koreischitas resolvieron exterminar al Profeta, y el feroz Omar se puso con este fin en marcha; pero habiendo entrado en la travesía en casa de una de sus hermanas, oyó leer allí algunos capítulos compuestos por Mahoma. Le conmovieron de tal modo que se

hizo también musulman y consagró su feroz denuedo al servicio del Profeta.

Este continuaba exhortando á su nación á que creyera; de vez en cuando enseñaba algunos capítulos que le traía del cielo el ángel Gabriel, y que formaron el Coran posteriormente; apoyaba su apostolado en este libro, y en las tradiciones antiguas, representando como verdaderos musulmanes á Abraham, á Ismael y á todos los patriarcas anteriores. Siempre clamaban los judíos con sus votos la venida próxima de un Mesías; muchas sectas cristianas aguardaban también el Paracleto prometido por Cristo; Mahoma pudo, pues persuadirse ó persuadir á los demás de que era el mismo. Con efecto, muchos pasajes del Coran aluden á este espíritu divino, á la efusión de una gracia sobrenatural, á una consolidación de la religión.

Tenía en contra suya los intereses de los moradores de la Meca, que, independientemente de su adhesión á las divinidades nacionales, temían ver cesar las peregrinaciones de que sacaban su riqueza. Haciéndose la persecución cada vez más amenazadora, Mahoma consintió en que sus parciales apelaran á la fuga, y ochenta y tres hombres, diez y ocho mujeres y algunos niños, obtuvieron por recomendación suya un asilo hospitalario del negusco de la Abisinia, que rehusó entregarles á los koreischitas, y sin renegar de Cristo, reconoció el apostolado de Mahoma. Entonces los koreischitas profirieron imprecaciones terribles contra los haschemitas, jurando no tener más vínculos ni comercio con ellos, y depositan este pacto de cólera escrito sobre pergamino en la Kaaba. Los hijos de Haschem, musulmanes ó no musulmanes, se retiraron todos á la montaña con Abou-Taleb y Mahoma, y permanecieron allí tres años. Espirando este tiempo anunció Mahoma que aquel anatema había desagradado á Dios, y que para probarlo había enviado gusanos que royeran el escrito homicida, á excepción del nombre de Dios que lo encabezaba. Abou-Taleb contó el hecho al enemigo, pidiendo que se comprobara, y que, de ser exacto, se alzara el anatema. Habiendo sucedido todo exactamente como Mahoma lo había anunciado fueron reintegrados los excomulgados en sus derechos.

Poco después murió Abou-Taleb y fué seguido de cerca por Kadija, el más gran sosten y la más insigne creyente de Mahoma. Abou-Sofian, chaíque de los Omniadas, que había llegado á ser principal personaje de la Meca, no cesaba, como idólatra ferviente, de molestar á Mahoma á la oración, en la mesa, durante la predicación. Luego, cuando en tiempo de la peregrinación explicaba su doctrina á la muchedumbre, Abou-Laheb le zahería ó hacia mofa de sus palabras.

«¿Qué te parece del que perturba al servidor de Dios cuando ora, cuando cumple la orden del cielo, cuando recomienda la piedad?»

«¿Qué pensar del infiel y del apóstata? ¿Ignora que Dios le vé?»

«Lo sabe; y si no abandona la impiedad, le arrastraremos por sus cabellos, malos y embusteros. Llame á sus criados, nosotros reuniremos á nuestros guardias.»

«Estas palabras son la verdad; no obedezcas al impio; adora á Dios y aproxímate á él. (Coran capítulo 96).»

De esta suerte hablaba el ángel al profeta, quien, no desistiendo nunca, persuadía á muchas gentes de la verdad de su religión; y estas la divulgaban entre sus allegados y juraban sostenerla en todas ocasiones. Mahoma halló especialmente parciales en Yatreb (*Medina*), ciudad importante y rica; y doce de los más celosos llegaron á la Meca á ponerse á disposición del profeta. Hasta entonces no había exigido á los recién convertidos que reconocieran un sólo Dios y se abstuvieran del robo, de la fornicación, del infanticidio. Pidió á éstos que fueran llamados ansarianos, es decir auxiliares que sostuvieron la religión con toda su pujanza. *¿Si morimos por tu causa, oh, profeta de Dios! cuál será nuestra recompensa?*

—*El Paraíso*.

Y les envió á Medina, satisfecho de haberse proporcionado un asilo; también despachó en esta dirección á sus criados, quedándose en la Meca sólo con Abou-Bekr y Ali. Pero resueltos los koreischitas á hacer cesar este escándalo, pensaron en matar á Mahoma; y para que el odio y la venganza de los suyos no cayeran sobre una sola tribu, escogieron para el asesinato á un hombre de cada una de ellas. Rodea la tropa de asesinos la tienda del profeta, quien hace

que Ali se acomode en su lecho, cubriéndole con su caftan verde, y mientras aguardan á que despierte, Mahoma halló medio de salir con Abou-Bekr, y se lanza al desierto. Cuando ya tarde se aperciben sus enemigos de la sustitución, dejan á Ali sin hacerle ningún daño y siguen las huellas del fugitivo, que se refugia en una de las numerosas cavernas de Thur. Como vé allí á su compañero asustado, le tranquiliza repitiéndole á menudo estas palabras del Coran: *¿Por qué estás triste y desalentado? Dios está con nosotros*. Y Dios les protegió, porque una araña tejió su tela á través del antro, allí depositaron las abejas sus panales y una paloma sus huevos, lo cual hizo que ni áun siquiera entraran allí á registrar sus perseguidores.

Luego que pasó el primer furor del enemigo, pudieron llegar los fugitivos sin ningún peligro á Yatreb. Quinientos habitantes salieron al encuentro del Profeta, quien hizo su entrada sobre una camella, con la cabeza desnuda protegida por un quitasol, porque su turbante deslizado era llevado delante de él en guisa de estandarte. Esta ciudad, rival de la Meca por envidias de comercio, puso una casa y una mezquita á disposición del Profeta, á donde llegaron á reunirse Ali y otros criados. Trasformada Yatreb desde entonces en la ciudad bien amada y en especie de centro de la nueva fé, fué llamada Medinat-al-Naby, ciudad del Profeta, ó simplemente Medina.

Data la era de los mahometanos desde la fuga de Mahoma, es decir, desde el primero del mes moharrem, correspondiente al viérnes 16 de Julio del año 622.

Si hasta entonces se puede ver en Mahoma un celo sincero en su proyecto de purificar el culto nacional; si no cesa, según costumbre de los débiles, de recomendar la tolerancia, su ambición no tarda en aumentarse á medida que sus recursos, y piensa, por último, en establecer el reinado de su dios con auxilio de la fuerza. Como se suscitaban disputas sobre preeminencia entre los ansarianos y sus discípulos de la Meca, las puso coto exigiendo de cada uno de éstos que tomara un habitante de Medina por compañero de su corazón en defensa de la fé; luego les dijo: *Abrazad la divina religión en un todo; no forméis cismas, y acordaos de los favores de Dios. Eráis enemigos, y he imbuído*

en vuestro corazón un amor fraternal; rendidle gracias siempre.

Hasta él mismo eligió á Ali, á quien dió por esposa Fátima, su hija querida; así como él se casó con Aiesa, hija de Abou-Bekr, de edad de nueve años, única que le llevó su virginidad. Contaba á la sazón cincuenta y cuatro años. En seguida se ocupó de la organización de su culto. Impuso el ayuno de Ramadan; debía anunciarse la hora de las oraciones, no al sonido de la trompeta, como entre los hebreos, ni al tañido de las campanas como los cristianos, sino de viva voz por el muezín, y recomendó á los fieles que cuando orarán se volvieran hácia Jerusalem. Quizá su intención era granjearse de este modo la voluntad de los cristianos y de los judíos, para los cuales era aquella ciudad igualmente santa. Pero cuando perdió esta esperanza intimó á los creyentes, á fin de adular el patriotismo de los suyos, que desde cualquier punto volvieran el rostro hácia la Kaaba.

Establecido en una ciudad cuya situación era tan favorable para interrumpir el comercio de los árabes con la Siria, Mahoma comenzó á inquietar á las caravanas, y vino á ser un mérito la rapiña; porque el cielo había dicho: *La llave del paraíso es la espada; una gota de sangre derramada por la causa de Dios, una noche pasada sobre las armas y al raso, tienen más mérito que dos meses de ayuno y de oraciones. Los pecados del que muere en el combate son perdonados, y sus heridas exhalan cierto perfume á ámbar y almizcle.* Informado de la llegada de una rica caravana escoltada por los koreischitas, fué á esperarla con trescientos trece de los suyos á Beder, cerca del mar Rojo; y después de haber vencido á novecientos cincuenta enemigos, mandados por Abou-Sofian, mandó decapitar á dos, independientemente de los sesenta que habían perecido en la refriega. De orden suya, comunicada en nombre de Dios, se dejó la quinta parte del botín al Profeta para emplearla en obras piadosas; el resto fué distribuido en porciones iguales entre los soldados que habían combatido ó habían quedado en el campamento, las viudas y los huérfanos de los muertos; tocó doble á la caballería.

Catorce de los suyos, caídos en la jornada de Beder, bandoleros muertos en una agresión

violenta, fueron los primeros mártires, los primeros santos del islam, que no debía propagarse sino á fuerza de agresiones. Otras muchas veces derrotó á los koreischitas que se reunieron, al fin, en número de tres mil á las órdenes de Abou-Sofian. Henda, mujer de este caudillo, con otras quince de sus compañeras, tocaba el atambor y alentaba á los guerreros, recordándoles la sangre vertida en Beder; de esta suerte se adelantaban contra Medina. Aunque Mahoma sólo tenía consigo mil hombres y un solo caballo, les detuvo en Ohod, pero no habiendo sido sus órdenes bien ejecutadas, fueron derrotadas sus gentes, y si él pudo escaparse fué con gran trabajo. Este desastre trastornó la fé en su apostolado; pero Gabriel envió del cielo su palabra: «Nos place alternar triunfos y reveses, á fin de que Dios conozca á los creyentes y elija á sus mártires entre vosotros.... ¡Cuántos profetas combatieron á ejércitos numerosos sin desconsolarse por sus derrotas! No se desalentaron cayendo en la cobardía, y Dios ama al que es constante. Se contentaban con decir: *Señor perdónanos nuestras culpas y el quebrantamiento de nuestros deberes y asistenos contra los infieles...* ¡Oh creyentes! Si prestais oídos á los infieles, ellos os conducirán al error y perecereis. Dios es vuestro protector ¿quién mejor que él podrá socorreros... Ha cumplido sus promesas cuando perseguiésteis á los enemigos derrotados; pero escuchando los consejos del miedo, disputásteis sobre los mandatos del Profeta y los violásteis después de haber alcanzado el botín, objeto de vuestros deseos. Muchos de vosotros aspiraron á los bienes de este mundo, otros á la vida futura. Dios se sirvió de vuestros enemigos para ponerlos en fuga y probaros; no habeis oído la voz del Profeta que os llamaba al combate, y Dios os ha castigado por vuestra desobediencia. Pero no os desconsuelen la pérdida del botín, ni el infortunio; Dios conoce cada una de vuestras obras.

Después de lo sucedido, hizo descender la seguridad y el sueño sobre algunos de vosotros; en su inquietud se atrevían á tachar á Dios de mentira. *¿Son estas, decían, las promesas del Profeta?* Respóndeles: *El Altísimo es el autor de la derrota.* Ellos replican: *Si las promesas que se nos hicieron hubieran sido fundadas, ninguno de nosotros hubiera sucumbido.* Respóndeles: *Aque-*

llos para quienes fué fatal la jornada, hubieran llegado á caer en el lugar donde han muerto, áun habiéndose quedado en su casa, á fin de que el Señor conociera sus corazones; á él es á quien pertenece este conocimiento... ¡Oh creyentes! No os asemejeis á los que convertidos en infieles han dicho: *Nuestros hermanos han perecido en la guerra; de haberse quedado con nosotros, no hubieran muerto.* Palabras impías que costarán suspiros á muchos. Dios da la vida y la muerte; ve nuestras acciones; si pereceis defendiendo la fé, vale más la misericordia de Dios que las riquezas. Ya murais ó seais muertos todos compareceis ante el tribunal de Dios. No creais que los que han sucumbido sean muertos, no; viven y reciben su alimento de manos del Altísimo. Se regocijan ébrios de gozo, colmados de las gracias del Señor, y todo el que siga sus huellas, quedará exento de penas y de espanto. Se regocijan porque el Señor, que no deja á los fieles sin recompensa, vertió sobre ellos los tesoros de sus beneficios.» (Coran, c. 3.)

Estas palabras hicieron cobrar aliento á los musulmanes y los koreischitas no se atrevieron á proseguir la victoria. Prefirieron recurrir á las traiciones y á una persecución encarnizada, de la que pudo escaparse, no sin trabajo, el Profeta; pero reanimó la confianza de los suyos avasallando á muchas tribus en los confines de la Siria.

En un principio había esperado granjearse la voluntad de los judíos, y se hubiera proporcionado una gran ventaja si hubiera logrado persuadirles de que era el Mesías esperado, confirmando semejante creencia con victorias; pero no pudieron decidirse á reconocer en un extranjero á aquel á quien habían anunciado los profetas. Mahoma concibió desde este instante un odio mortal hácia ellos, y Gabriel le intimó que exterminara á la tribu judía de los koraiditas. En su consecuencia les atacó con un ejército numeroso. Ellos le dijeron como á Calígula: *No sabemos manejar las armas; pero hemos conservado la creencia de nuestros padres. ¿Por qué queréis reducirnos á la necesidad de una justa defensa?* Hallándose muy luego en el último apuro se remitieron á la decisión de Saad, príncipe de los addasitas, suponiéndole su amigo. Este, que había cambiado de fé, condenó á los hombres á morir, á las mujeres y á los

niños á ser esclavos, y adjudicó todos sus bienes al enemigo. Setecientos infelices desarmados fueron metidos vivos dentro de un foso y sepultados delante del Profeta. Cuanto poseían fué dado por el privilegio del cielo á Mahoma, quien gratificó con ello á los más valientes musulmanes, reservándose la más hermosa cautiva.

Otras poblaciones más fueron también sometidas, y hasta los mostalechitas, una de las tribus más antiguas de la Arabia. Djawaira, hija de su jefe, aumentó el número de las mujeres con que poblaba su harem el apóstol guerrero y voluptuoso. Recelosos los koreischitas con el aumento de su pujanza, llamaron á las armas á todos sus aliados, y en seguida se presentaron á poner asedio á Medina en número de diez mil hombres, pero después de haber tomado el intrépido caudillo de los creyentes las más hábiles disposiciones para la defensa, hizo que les saliera mal el largo sitio de la plaza, y á fuerza de hostigar al enemigo, le obligó á dispersarse.

Entonces pensó en tomar su desquite y preparó una expedición contra la Meca. Supieronlo sus adversarios y le enviaron un príncipe de los takifitas, llamado Arva, quien le dijo: *Los koreischitas se han vestido la piel del leopardo y no entrarás en la Meca sino á viva fuerza.* Cuando el príncipe idólatra estuvo de retorno cerca de los que le habían enviado, les contó de esta suerte aquello de que había sido testigo: *He vivido en la corte de los emperadores; he visto á Chosroes en todo el esplendor de su gloria; he visto á Heraclio rodeado con el fausto de los Césares; pero ningún rey es venerado de sus súbditos, como Mahoma de sus compañeros de armas. Si hace sus abluciones, se recoge el agua de modo que no se desperdicie una gota. Si se le cae un cabello, se conserva cual si fuera una reliquia; si escupe, hay allí quien reciba su saliva.*

Contrariados los koreischitas por este relato, entraron en acomodos. Se convino en que las tribus serían libres de aliarse con ellos ó con los musulmanes, y en que éstos podrían visitar la ciudad santa, á condición de ir sin armas y no prolongar allí su morada más de tres días.

Como murmurasen los suyos al verse frustradas sus esperanzas de saquear la Meca, Mahoma les guió contra los judíos del Kaibar, y